

Conrad Vilanou¹

Universidad de Barcelona

►► Es sabido que el general Franco –después de recibir una enseñanza militar de influencia germánica que destacaba el papel estratégico de la infantería que había propiciado en el siglo XIX las victorias prusianas de Sedan y Sadowa frente a Francia y Austria– elaboró en la Academia Militar de Toledo (1910) un trabajo de fin de estudios sobre cómo invadir Portugal en veintiocho días. En realidad, Portugal –desde su separación del Imperio español en 1640– siempre había estado en la perspectiva de la política exterior española, oscilando entre el ideario federativo ibérico (alentado por diversos intelectuales como Pi y Margall) y la alianza peninsular propugnada por Antonio Sardinha (1887-1925), líder intelectual del *Integralismo Lusitano* movimiento monárquico fundado bajo los auspicios de *Action Française*. Si bien Sardinha manifestó inicialmente su hostilidad hacia España cambió de actitud al exiliarse en nuestro país entre 1919 y 1921. De este modo, el nacionalismo integral de Sardinha defendió una voluntad panhispanista que preconizaba la unidad hispánica con gobiernos independientes, unidos militar y diplomáticamente. Este talante panhispanista –que influyó en intelectuales de la generación de 1927 como Giménez Caballero– deseaba poner fin a la influencia que la cultura francesa había ejercido en Portugal desde 1640.

Paralelamente, y desde la periferia peninsular, se había gestado una lusofilia (Valera, Clarín, Menéndez Pelayo, Unamuno) proclive al desarrollo de un iberismo que encuentra en Cataluña valedores como el poeta Juan Maragall y el filósofo Eugenio d'Ors. De alguna manera, la lusofilia y el iberismo constituyen dos conceptos paralelos que se singularizan más por su dimensión espiritual o cultural que no política. Sin embargo, el iberismo fue tenido por un movimiento que sintonizaba con las ansias burguesas y democráticas de una política masónica contraria a las esencias de la tradición representada por la catolicidad hispana. Por consiguiente, el ideario iberista era denostado por su talante liberal presentándose, a modo de alternativa, una unidad espiritual que, además del componente religioso, destacaba la vocación imperial de ambos reinos. De ahí que el hispanismo se definiese como la unidad peninsular en una “unidad espiritual,

¹ Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación BS02000-0663-C04-01 reconocido y financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología.

garantizada por la acción concorde de las dos soberanías: la española y la portuguesa”.²

Esta actitud se generalizó a partir de 1919, después de finalizar la Primera Guerra Mundial, cuando en Europa se desencadenó un período de abierta crisis política, económica y espiritual. Los pronunciamientos militares de España (1923) y Portugal (1926) favorecieron la circulación de este tipo de idearios hispanistas que deseaban volver al estado de cosas anterior a la independencia portuguesa de 1640, cuando ambos reinos actuaban bajo la tutela de la casa de Austria. Catolicismo e hispanismo —que asume el antiguo patriotismo moral y mental de la raza hispánica— constituyen las dos caras de una misma moneda que reúne la cristiandad con la latinidad. Es evidente que este planteamiento —que presenta la modernidad como un delito de lesa majestad— sintoniza con la retórica fascista que a través de autores como Maurras y Barrès confiaba en la latinidad para salvar el alma europea. Se trataba de una latinidad —vieja resonancia de la clásica oposición ente el Norte liberal y protestante y el Sur aferrado a la tradición y al catolicismo— que había de encontrar en la Península Ibérica una auténtica directriz mundial que podría cambiar el rumbo de la historia europea.

En este sentido, cabe destacar que el año 1930 —con prólogo de Ramiro de Maeztu y traducción del Marqués de Quintanar— apareció en Madrid la obra de Sardinha *La alianza peninsular*, cuya edición original data de 1924 y que fue dedicada a la “memoria de aquellos soldados españoles que, regando con su sangre anónima las peñas de Marruecos, supieron dar vida, en un siglo sin esperanza, a toda la grandeza histórica de la Península”. La versión española aparecida en 1930 fue patrocinada por las ediciones de la Junta de Propaganda Patriótica y Ciudadana en defensa de los valores políticos de la Dictadura y del general Primo de Rivera, siendo saludada por el Marqués de Quintanar como la “verdadera Biblia del hispanismo”.³ Con el paso del tiempo se estableció un paralelismo entre Sardinha —padre del pensamiento integralista que incorporaba orgánicamente al hombre en la familia, en el gremio, en el municipio y la nación— y el pensamiento político de José Antonio, similitud que por extensión llegaría a formularse entre Oliveira Salazar y Franco.

Portugal que había expresado su malestar con la Segunda República española por su política liberal y masónica, agudizó su distanciamiento a partir de la lle-

² SARDINHA, A., *La cuestión peninsular*. Traducción de Juan Beneyto Pérez. Prólogo del Marqués de Lozoya. Madrid-Cádiz: Biblioteca Hispano-Portuguesa, 1940, p. 71.

³ SARDINHA, A., *La Alianza Peninsular*. Prólogo de Ramiro de Maeztu. Traducción del Marqués de Quintanar. Madrid: Imprenta de Sáez Hermanos, 1930.

gada del Frente Popular al poder en febrero de 1936, no dudando en prestar su apoyo incondicional a Franco. Esta colaboración queda confirmada en las memorias de un espectador de excepción como el vienés Stefan Zweig que hizo escala en el puerto de Vigo cuando se dirigía hacia América, en el preciso momento de producirse el levantamiento de Franco en el verano de 1936. Para Zweig no hay ningún género de duda: lo que vio en España durante aquella escala técnica —la rápida militarización de unos jóvenes de humilde extracción campesina gracias a la ayuda extranjera— le recordaba otras escenas ya vividas en Italia y Alemania que tendían a la movilización militar de la juventud.⁴

En efecto, la juventud —una nueva categoría social que entró con fuerza en la historia a partir de la Primera Guerra Mundial (1914-1918)— será reclamada por los discursos políticos-pedagógicos del momento que desean evitar el pesimismo del existencialismo de Heidegger (*Ser y tiempo* había aparecido en 1927). De hecho, se aprovecharon los efluvios del vitalismo (Nietzsche, Bergson, Sorel) para fomentar una voluntad de poder —a la que estaba llamada la juventud europea— que deseaba superar la visión del hombre como un ser abocado a la muerte a través de una lectura dinámica —por medio de la acción— de la existencia humana. La vida humana —el *Dasein* humano— tiene alguna cosa a hacer, según un tónico vital que responde a las exigencias de un modo de vida que apela a la vocación revolucionaria de una juventud que se siente abocada a la acción y que será movilizada en medio de una beligerancia sin precedentes al grito de ¡Viva la Muerte!. De este modo, lo eterno penetra en lo transitorio, dando a la vida humana una proyección en el espacio y el tiempo que amplía las posibilidades del ser humano que ahora ya no es un simple *Dasein* lanzado al mundo: frente a lo efímero y negativo del individuo, la existencia humana encuentra el sentido de permanencia y de eternidad a través de un acto heroico que exige la muerte por un ideal. La guerra —tanto la Primera y la Segunda Guerra Mundial responden a esta tendencia— ya no es cosa de los ejércitos sino que afecta a toda la sociedad y, por ende, a la juventud que será arrastrada a los campos de batalla en medio de una retórica pseudorevolucionaria que llama a la restauración de unos valores ideales que debían frenar el avance del liberalismo y del materialismo, o lo que es lo mismo, del capitalismo y del comunismo. De ahí que el prontuario de la Falange española estableciese en su declaración de principios, entre otras cosas, los siguientes puntos: un afán, la victoria; un símbolo, el yugo y las flechas; un estilo de vida, el revolucionario; un estado, el nacional-sindicalista; una revolución, la de la juventud; un caudillo, Franco.

4. S. ZWEIG, *El món d'ahir. Memòries d'un europeu*. Barcelona: Quaderns Crema, 2001.

Rolao Preto y el nacional-sindicalismo portugués

Es obvio, pues, que la ayuda al bando nacional durante la Guerra Civil española constituye el punto central de la política exterior portuguesa durante el período 1936-1939. Salazar —preocupado por el posible avance del comunismo y contrario también a una hipotética conjura masónico-liberal— creía que era incompatible la coexistencia de dos regímenes de ideología antagónica en la península. Después de la revolución soviética (1917), existía en Portugal un movimiento integrista de talante contrarrevolucionario —nacionalista, corporativista, antropológicamente pesimista, impugnador del parlamentarismo, contrario al materialismo y crítico con la modernidad y el liberalismo— que siente nostalgia por el régimen monárquico y que desea que la monarquía española —que en 1923 jugó la carta de un directorio militar— asuma el ideario de una teocracia hispánica. Así se pretendía reinstaurar el glorioso pasado de las monarquías católicas que representaban España y Portugal en el siglo XVII a fin de dar respuesta a la decadencia de Occidente. El ideario hispánico se perfila, pues, como un antídoto a los males de una cultura occidental que ha olvidado su pasado cristiano, agrario y orgánico de manera que se imponía entroncar con una tradición pervertida por las oligarquías democráticas, liberales y masónicas.⁵

El salazarismo utilizará algunos de estos elementos doctrinales —la revolución jacobina será acusada de desencadenar los males de Occidente— para propugnar una solución autoritaria, nacionalista y corporativa, basada en el orden y la disciplina, y que enfatiza la misión histórica de Portugal que puede volver a ser grande y próspero gracias a una exaltación de la historia nacional y patriótica. Sin embargo, surgieron algunas voces disidentes —como la de Francisco Rolao Preto— partidarias de radicalizar el signo del nacionalismo portugués con una orientación revolucionaria. El movimiento político iniciado en 1926 por Gomes da Costa, continuado por el general Carmona y monopolizado más tarde por Salazar, podía ser bicéfalo, es decir, salazarista y nacional-sindicalista, pero no únicamente nacional-sindicalista. De ahí que bajo la dirección de Rolao Preto

5. La literatura antimasonónica que circuló en España presentó el advenimiento de la República Portuguesa como una obra de la masonería que también propició la implantación del régimen republicano en España (1931). En opinión de Juan Tusquets ambos países —tan fecundos en epopeyas imperiales— fueron pasto de los imperialismos extranjeros mediatizados por la masonería. La España franquista —con su Ley de responsabilidades políticas— seguía el ejemplo de la Ley portuguesa de 1935 que prohibía las actividades de la masonería, incautándose de sus bienes (TUSQUETS, J., *Masones y pacifistas*. Burgos: Ediciones Antisectarias, 1939).

apareciese en 1932 el periódico *A Revolução* que mostraba sus discrepancias respecto Oliveira al que se censuraba su talante reformista, moderado, conservador y aburguesado, alejado de cualquier vocación revolucionaria. Salazar —a los ojos de Rolao Preto— simboliza la figura del intelectual autoritario que participa del centro católico y que, lógicamente, es contrario a las revoluciones que no vienen de arriba. Por su parte, Rolao Preto pretende que sus milicias a través de la acción —y no tanto de la reflexión intelectual— desencadenen el movimiento de la Revolución Nacional de los Trabajadores. Así pues, este sentir es el que reflejan las siguientes palabras de Rolao Preto aparecidas en 1934 en las páginas de *Acción Española*: “Estamos en una hora europea revolucionaria y nacionalista. La Revolución, como las bayonetas, no consiente que se le sienten encima. Salazar tiene que obrar revolucionariamente para realizar su obra. Sólo para esto cuenta de veras con nosotros. Los nacional-sindicalistas son las milicias organizadas y ardientes de la Revolución Nacional de los Trabajadores”.⁶ Pero el salazarismo había establecido que la Unión Nacional —que en muchos aspectos recuerda la Unión Patriótica Nacional del general Primo de Rivera— fuese el único espacio posible de actuación política, a modo de un gran movimiento al servicio de una dictadura personal —la del profesor Oliveira Salazar, el dictador de las finanzas— tal como haría Franco en España.

Pero no faltaron presiones para imprimir al monopartidismo lusitano de un carácter más radical, a cuyo fin actuó el movimiento de los *camisas azules* de Rolao Preto cansado de la escasa voluntad revolucionaria del Estado Novo, en un momento histórico en el que consolidaba un régimen autoritario que ponía fin al liberalismo portugués pero que, a su vez, intentaba no aceptar en todos sus puntos la doctrina fascista. Salazar veía con recelo esas muestras de entusiasmo, esa oleada de camisas azules que el gobierno entrevió como algo hostil y contrario a sus intereses quedando prohibida la propaganda del partido nacional-sindicalista desde el mes de julio de 1933.⁷ De hecho, el nacional-sindicalismo portugués —que fue marginado del proceso de construcción de la dictadura portuguesa ya que los grandes terratenientes e industriales apoyaron sin vacilación a Salazar— preconizó un nuevo estilo político, miliciano y combativo, orgánico y sindicalista que desencadenó el enojo de Salazar que obligó a Rolao Preto —después de ser desterrado en julio de 1934— a exiliarse en España, lo cual fortaleció los contactos con sus correligionarios españoles. En la primavera de 1934 —cuando ya estaba a punto de terminar el proceso de consolidación e institucionalización del Estado Novo— Rolao Preto escribe con lamento refiriéndose a Salazar:

⁶ *Acción Española*, núm. 50 (1 de abril de 1934).

⁷ ANTONIO COSTA PINTO, *Os Camisas Azuis. Ideologia, elites e movimentos fascistas em Portugal, 1914-1945*. Lisboa, Editorial Estampa, 1994.

“Él, que tiene en los nacional-sindicalistas un natural apoyo por ser los que mejor interpretan la hora del poder fuerte y nacional, vive ajeno a ellos, y a veces, hasta contra ellos”.⁸ Por su parte, el 29 de julio de 1934 Oliveira Salazar publicaba una nota dirigida a los nacional-sindicalistas portugueses invitándoles a incorporarse a la Unión Nacional, bajo la pena de que el gobierno podría considerar al nacional-sindicalismo como un elemento perturbador y desafecto al Estado.

En buena lógica esta situación tuvo su repercusión en España donde Ramiro de Ledesma había iniciado sus campañas nacional-sindicalistas que coincidían con los planteamientos de Rolao Preto.⁹ Ya en 1932 Rolao Preto había activado el movimiento nacional-sindicalista portugués proclive a un entendimiento con el nacional-sindicalismo español –nacido a comienzos de 1931– que así había de tutelar un nuevo Estado que había de ser “un Estado español por excelencia”. En España el ideario del nacional-sindicalismo portugués fue divulgado por la revista *Acción Española* que dirigía Ramiro de Maeztu, generándose una polémica con Onésimo Redondo que entendió que Rolao Preto sostenía una posición separatista al pretender anexionarse Galicia, tratándose todo de un malentendido que pronto fue solventado pero que explica que la serie de artículos se interrumpiese durante los meses de noviembre y diciembre de 1933. De ahí que ante las críticas de Onésimo Redondo el mismo líder del nacional-sindicalismo portugués declarase en enero de 1934 que su movimiento no tenía nada de anexionista, sino que perseguía un objetivo económico y social exclusivamente. Así pues, en las páginas de *Acción Española* se publicaron, bajo el epígrafe “El movimiento Nacional-Sindicalista Portugués”, un total de seis artículos de Rolao Preto que aparecieron entre octubre de octubre de 1933 y abril de 1934, siendo presentado su autor como el magnífico discípulo de Antonio Sardinha.¹⁰

8. *Acción Española*, núm. 50 (1 de abril de 1934).

9. En ocasiones se ha planteado quien fue primero en la aparición del movimiento nacional-sindicalista peninsular. Francisco Bravo Martínez en su *Historia de Falange Española de las JONS* (Madrid, Ediciones Fe, 1940, p. 11) afirma que “las J.O.N.S. representan el primer intento orgánico del nacionalsindicalismo español, surgido antes del que en Portugal fundara Rolao Preto”. En lo relativo al uso de la camisa azul -común a los nacionalsindicalistas de ambos países-, las fuentes historiográficas cercanas a la Falange apuntan a la prioridad española (Ramiro de Ledesma, Onésimo Redondo) mientras que existen otras interpretaciones que indican que las camisas azules -en reconocimiento a la económica camisa azul de los obreros portugueses- surgieron en Portugal en 1932 no adaptándose en España hasta un poco más tarde. Esta segunda posición -la prioridad portuguesa ante la española- se basa en el hecho que el discurso fundacional de la Falange Española tuvo lugar en el otoño de 1933 en el teatro de la Comedia de Madrid y que fue el propio José Antonio quien decidió el color azul mahón en una reunión celebrada en octubre de 1934 a la que asistió Ruiz de Alda ataviado con una camisa de mecánico de ese mismo color.

Si Rolao Preto fue desterrado de Portugal instalándose —al igual que había hecho años antes Sardinha— en España, Onésimo Redondo encontró refugio en tierras lusitanas. De hecho, Rolao Preto consideraba la Falange como un movimiento congénere, o mejor aún, una especie de hija espiritual del nacional-sindicalismo portugués. Rolao Preto —que escribió un libro sobre la Revolución Española de julio de 1936— visitó los frentes de guerra en 1937, pronunciando una arenga desde Radio Sevilla en la que hacía hincapié en la amistad que le unía con José Antonio Primo de Rivera y que se hacía extensiva a otros líderes de la España nacional como Ernesto Giménez Caballero. Justamente, éste último había publicado en 1932 la primera edición de *El genio de España* libro que, al preconizar la hispanización de Europa, influyó sobre toda la generación nacional-sindicalista. Rolao Preto aprovechó, además, la atalaya que le brindaba la prensa falangista para divulgar los principios del nacional-sindicalismo portugués, reivindicando el sentido peninsular de la revolución española una vez que se había establecido en la España nacional el primer régimen nacional-sindicalista de la Península.¹¹

En realidad, el nacional-sindicalismo portugués constituía un grupo que bajo la dirección de Francisco Rolao Preto manifestó sus reticencias respecto Oliveira Salazar: “En Portugal hace ya tiempo —escribe en 1938— que se perdió la virtud de la franqueza, el valor de la nitidez y la falta de asombro”.¹² A los ojos de Rolao Preto, Franco poseía mayor entereza que Oliveira Salazar y personificaba las verdaderas esencias del espíritu revolucionario. No ha de extrañar que censurase que Portugal, además de despreciar su temperamento (“una corrida a la antigua portuguesa es un espectáculo fuerte, viril, y en cambio la que hoy se representa en nuestras plazas es una corrida insípida, artificial”), ignore a España olvidando, en consecuencia, el sentido peninsular de la revolución nacional-sindicalista que utiliza una retórica estética de signo fascista que exige rehacer un alma portuguesa sin confusiones, pura y clara: “Portugal tiene que ser, ante todo, portugués, profunda y totalmente portugués, y no francés, inglés o ruso... Sólo así conseguirá la paz interior de una vida nacional que tenga su verdadero sentido en la natu-

10. *Acción Española*, números 39 (16 octubre 1933), 45 (16 enero 1934), 46 (1 febrero 1934), 47 (16 febrero 1934), 49 (16 marzo 1934) y 50 (1 abril 1934). Se trataba de un conjunto de seis trabajos en los que comentaba los doce principios de la producción, eje integrador de la teoría del nacionalsindicalismo portugués.

11. ROLAO PRETO, A., "Nacionalsindicalismo portugués. El sentido peninsular de la Revolución Española", *Fe*, doctrina del estado Nacionalsindicalista, núms. 2-3, enero-febrero 1938, pp. 327- 332.

12. ROLAO PRETO, A., "Nacional-Sindicalismo en Portugal", *Fe*. Doctrina Nacionalsindicalista, núms. 4-5, marzo-abril 1938, pp. 154-160.

ral prolongación de su peculiaridad histórica, y sólo así, también podrá realizar las aspiraciones de su vocación civilizadora, esto es, Hispánica”.

Al igual que Sardinha, Rolao Preto reclama una política de hispanidad entendida como unidad espiritual que, bajo una auténtica dinámica revolucionaria de signo fascista, rescate las viejas concepciones imperiales y que ponga fin a la decadencia liberal-demócrata. Por consiguiente, las soluciones políticas clásicas —el liberalismo y el socialismo— ya no servían. Había que optar por una nueva vía que se presenta —*more* hegeliano— a modo de superación de todo lo anterior y que exige un planteamiento basado en la nación, el municipio, el sindicato y la familia. Todo ello implica empezar con un acto de fe en la exaltación cristiana de la persona humana, procurando a su vez rescatar al hombre del peso del grupo colectivo. El pasado histórico —gremialismo, municipalismo, cristianismo— constituye el mejor garante para luchar contra los males del liberalismo: “Por eso —declara Rolao Preto en 1938— la Revolución Nacional Española se presenta tan claramente compenetrada con las lecciones del pasado y afirma todos los días su intención de interpretar los tiempos presentes a la luz de las provechosas conquistas de antaño”.

2

Portugal en la política exterior española

Ante el sentimiento expansionista de la Falange con su doctrina nacional-sindicalista, Salazar acentuó su nacionalismo portugués, insistiendo en su política de afirmación del imperio ultramarino (“Portugal nao e um país pequeno”) que constituía una advertencia ante la eventual injerencia extranjera, procediese de la península o de cualquier otra potencia.¹³ Además, fortaleció los lazos de amistad con Inglaterra que no acababa de entender la actitud portuguesa que apoyaba incondicionalmente a Franco, poniendo en peligro no sólo la estabilidad de la alianza luso-británica sino también su propia integridad territorial. No se puede olvidar que las fronteras políticas experimentaron durante 1938 modificaciones importantes gracias al pangermanismo de Hitler (*Anschluss* en marzo, rectificación de la frontera checa por la cuestión de los Sudetes en septiembre). En medio de este contexto tuvo lugar la entrevista entre Chamberlain, Daladier, Mussolini y Hitler en Munich (28-20 septiembre 1938) que significaba la capitulación de Inglaterra, el abandono a su suerte de Checoslovaquia y el reconocimiento por los ingleses del imperio de Abisinia y, lo que es más trágico, la derrota militar de la Segunda República Española que por aquellas mismas fechas se veía impoten-

13. ALBERTO PENA RODRIGUEZ, "La propaganda de Salazar y la crisis de Munich", *Revista de História das Ideias*, vol. 17, 1995, pp. 439-479.

te para sostener el frente del Ebro que se desmoronaría durante el otoño de aquel mismo año de 1938. Tanto fue así que el 26 de enero de 1939 las tropas del general Franco entraban en Barcelona y, pocas semanas más tarde, el 1 de abril acababa la Guerra Civil que abría —a los ojos de los líderes nacional-sindicalistas— todo un horizonte de posibilidades para la construcción de una nueva España que había de responder a las expectativas de aquel *circuito imperial* dibujado por Ernesto Giménez Caballero.¹⁴ En último término se pedía que portugueses y españoles volvieresen —como en los siglos XV y XVI— a asumir una responsabilidad común sobre sus dos diferentes hombros. De hecho, la unidad de destino en lo universal del imperio español exigía la concurrencia portuguesa, del Imperio mundial hispano-portugués, del Imperio de Camoens, Loyola y Carlos V: “El imperio español, imperio doble, tuvo, no se olvide, un momento de unidad (1580-1640). Hoy el imperio de España, desunido y casi sin voz en el mundo, tiene aún como vínculo dos lenguas imperiales sobre las que reconstruirle el alma”.¹⁵

Por otra parte, España que se situaba en la perspectiva del Eje se consideraba heredera de la antigua Roma —una madre para la Falange, la matriz de Castilla a criterio de Giménez Caballero— lo cual podría justificar una intervención expansionista en Portugal. En cualquier caso, después de la cumbre de Munich (septiembre de 1938), la propaganda salazarista insistía en el ideal de la unidad imperial portuguesa para proteger su integridad y sus intereses vitales en la Península. Pero el esquema de la política exterior del nacional-sindicalismo español descansaba sobre tres puntos, a saber, geografía, idioma y raza. Se partía del supuesto que la situación geográfica alteraba la geometría política, en un momento en el que España reclamaba un puesto en la política del Eje. En abril de 1937 la Falange lo declaraba abiertamente: “Ni Alemania ni Italia, que con elegancia deportiva e impetuosidad juvenil han salvado los obstáculos opuestos a su engrandecimiento por los Pueblos obstinados en otros regímenes, podrán negar a una España nacional-sindicalista el derecho de autodeterminación y la libertad de plantear sus problemas de Política Internacional en el terreno que su propia conveniencia le aconseje elegir”.¹⁶ Todo ello se basaba en el derecho beligerante que le correspondía a la España nacional según una teoría del estado que argumentaba que, desde el punto de vista internacional, no cabe diferenciar entre gobiernos legítimos o ilegítimos porque quien manda (*qui actu regit*) es sujeto

14. GIMÉNEZ CABALLERO, E., *Circuito imperial*. Madrid: La Gaceta Literaria, 1929.

15. TOVAR, A., “El Imperio de España”, *Fe. Doctrina nacionalsindicalista*, núm. 6, junio 1937, p. 274.

16. SANDOVAL, F. X. de, “Esquema de una política exterior nacionalsindicalista”, *Fe. Doctrina nacionalsindicalista*, núm. 4, abril 1937, p. 190.

perfecto de derecho. Aunque se trate de una simple suposición, probablemente más de un falangista —embebido por la retórica expansionista nacional-sindicalista— debió soñar con una anexión (*Anschluss*) de Portugal siguiendo el ejemplo de Hitler respecto la vecina Austria, lo cual implicó la renuncia expansionista de Mussolini que también aspiraba ampliar sus fronteras hacia el Norte.

Probablemente a los ojos de los líderes del movimiento nacional-sindicalista español, el salazarismo tenía los visos de una *revolución en paz* en manos de unos profesores universitarios (una conjunción académica que buscaba sus señas de identidad en la tradición escolástica) que, con el soporte del estamento militar, representaban un autoritarismo de signo católico alejado de las posiciones fascistas defendidas por las potencias del Eje (Berlín-Roma) y que, en la Península Ibérica, habían sido asumidas por los nacional-sindicalistas. Quizás por ello, los mismos políticos portugueses pretendían transmitir —desde las páginas de la prensa falangista— una imagen pacífica, pero a la vez colaboracionista, de su régimen político: “Fue en paz y con paz como Portugal realizó la honda y auténtica revolución social que su pueblo necesitaba”.¹⁷ En cualquier caso, también es verdad —y quizás fue lo que a la larga sucedió— que la anglofilia portuguesa —delito de lesa majestad a los ojos de los falangistas españoles a raíz del contencioso de Gibraltar— podía contener, a modo de contrapeso, el entusiasmo del régimen de Franco hacia las potencias del Eje. Quizás Salazar y Franco constituyen —desde la perspectiva de la política internacional— dos caras de una misma efigie: Salazar mira hacia el Atlántico, Franco hacia el Eje.¹⁸

Sin embargo, da la impresión que Portugal consideraba menos peligroso el imperialismo expansionista de la Falange que no la doctrina de un federalismo ibérico posible a través de una República que reconocía los derechos históricos de Galicia, el País Vasco y Cataluña. En este punto coincidían también aquellos que, desde España, argumentaban que era preferible seguir separado de Portugal a romper la unidad nacional. Contrarios a la tesis a favor de la descentralización regional que algunos intelectuales habían presentado como posible estrechamiento de los lazos entre los diferentes pueblos de la península ibérica —planteamiento que era visto por los sectores falangistas como un vago antecedente de la invertebración orteguiana—, se argüía que el iberismo se vinculaba también a la idea de la desintegración de España y, por ende, a los intereses de una políti-

17. VIEIRA, T., "Portugal", *Vértice*, núms. 7-8, diciembre 1937-enero 1938.

18. "España librará la batalla contra las presiones del Eje, en nombre propio y en el de Portugal. Ésta, a su vez, se compromete, merced a su vieja amistad con Inglaterra y sus buenas relaciones con Estados Unidos, a evitar el peligro de una intervención en la Península por parte de las naciones aliadas" (R. de la CIERVA, *Franco*. Madrid: Editorial Fenix, 2000, p. 535).

ca liberal influida por la masonería internacional que deseaba –a sus ojos– el debilitamiento de los países peninsulares.

En este sentido, la política estatutaria de la Segunda República –que sin ser federalista aceptaba el hecho diferencial– podría sacudir Portugal de la influencia inglesa acercándola a la Francia del Frente Popular (y por extensión del marxismo), cosa que tampoco interesaba al salazarismo, ni a la propia Inglaterra que, a su vez, presionaba a Francia para que no participara en la Guerra Civil española a través del pacto de “no intervención”. Llegaba el fin de la guerra (1939) y con su fiel actitud, Portugal –que en los mapas del imperio español dibujado por la prensa nacional-sindicalista aparecía diluido en el todo del imperio español¹⁹– se granjeó ante España el respeto a su integridad territorial, cultural e ideológica de modo que “la España nacional-sindicalista ofrecerá su amistad leal y firme al Portugal eterno”.

Efectivamente, ya desde los primeros meses de la Guerra Civil se manifestaba que después de siglos de incompreensiones y recelos Portugal “ha ganado el corazón de España, que es la Falange”, todavía deseosa –en 1937– de establecer “tratados que soldaran a las dos Naciones para una reconstrucción total de la Península Ibérica”. Por su parte, Giménez Caballero –el mejor representante de esa voluntad expansionista que deseaba una península ibérica bajo el yugo de la nueva España imperial– definía a Portugal (Portu-gale) como el “puerto de la Galicia de Franco”. Pero Portugal, “al portarse con nosotros tan abnegada y valientemente en los primeros momentos, se ganó nuestra firme gratitud. Y con ella, el respeto a su independencia”.²⁰ El Pacto Ibérico (17 marzo 1939), ratificado con el protocolo adicional al tratado de amistad y no agresión (29 julio 1940), servía para frenar las reivindicaciones anexionistas del sector iberista del nacional-sindicalismo. Por aquel entonces, cuando se cumplían tres siglos exactos de la independencia portuguesa (1640-1940) y siendo Nicolás Franco embajador de España en Portugal, se abrió en Lisboa una exposición sobre “Recuerdos

19. En el núm. 1 de la revista *Jerarquía* (1936), Ernesto Giménez Caballero insertó un mapa de la Catolicidad -mejor dicho, de la Nueva Catolicidad- en el que se dibuja una península Ibérica en la que ha desaparecido Portugal y su frontera con España. Bajo la unión del yugo y el principio de que “la unión hace la fuerza” se presentaban los senderos de España que apuntan en cinco direcciones: dos europeas (Alemania y Roma), una africana (“El Africa occidental es nuestra, y en el camino, Gibraltar, irredento”) y las otras dos restantes apuntaban hacia América (la del Norte, “evangelización del alma del cichlé de los yanquis” y la del Sur, “antiguas rutas de gloria”). Por su parte, el mapa incluido por Antonio Tovar en su artículo sobre “El imperio de España” (Fe, núm. 6, junio 1937) sitúa España y Portugal bajo un mismo epígrafe “El imperio español”.

20. GIMÉNEZ-CABALLERO, E., *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo*. Madrid: Ediciones Fe, 1939, p. 156.

de Portugal en España” que confirmaba los lazos históricos de amistad y hermandad. Por su parte, Areilza y Castiella en sus *Reivindicaciones de España* centraban sus exigencias, después de Gibraltar, en la zona de Orán (Oranesado), no planteando cuestión alguna respecto Portugal.²¹ De este modo, se pasó de una incipiente voluntad de anexión a un nuevo estatuto de fraternidad que, a su vez, podía entenderse en un doble sentido: o bien que España ejerciese la primogenitura, o bien que la hermandad se diese en un plano de igualdad.

3

Portugal en la literatura pedagógica nacional-sindicalista

Con estos antecedentes es lógico que la literatura pedagógica de la España nacional-sindicalista trasluciese esta dinámica (que oscila entre la anexión y la hermandad), más aún si tenemos en cuenta que la demanda de una misión imperial pasaba por afirmar la unidad territorial entre ambas naciones para restaurar aquel imperio “donde nunca se ponía el sol”. La unidad peninsular –unidad espiritual más que política, defendida por el integralismo (Sardinha) y el nacional-sindicalismo portugués (Rolao Preto)– debía comportar la expansión cultural hacia Hispanoamérica. Desde una perspectiva histórica, la retórica escolar de la España nacional-sindicalista recordaba que después de la unión de Castilla y Aragón, sólo quedaban independientes Portugal, Navarra y Granada. Por otra parte, la doble perfidia de la independencia portuguesa y de la sublevación de Cataluña (1640) había roto la unidad, situación que se había repetido –desde Cataluña– durante los años de la Segunda República (1934). Pero tampoco es menos verdad que hacía tiempo que se había intentado hacer de Cataluña un Portugal para el bien de toda España según la tradición federalista de Pi y Margall y la *Espanya gran* de Cambó que se sintetiza en *El problema peninsular* (1933) de Joaquín Casas-Carbó. Con todo, no podemos olvidar que el mismo Casas-Carbó –después de defender un ideario nacionalista que contemplaba el encaje de Cataluña en una unidad ibérica– también saludó, después de la Guerra Civil española, la hispanidad triunfante que simbolizaba la victoria franquista.²²

En 1939 las dos atalayas de la península (Lisboa y Barcelona) iban a correr una suerte dispar: nada tan diferente a la vileza catalana (que había girado, al igual que la Segunda República, en torno a la órbita política del frente popular francés) como la fidelidad portuguesa a la causa nacional. De ahí que, a pesar de

21. AREILZA, J. M^a. y CASTIELLA, F. M^a., *Reivindicaciones de España*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1941.

22. CASAS-CARBÓ, J., *La Hispanidad triunfante*. Barcelona: Librería Doménech, 1939.

todos los recelos, se consumase la amistad hispano-portuguesa a través del eje Lisboa-Madrid: “Entre el carácter y las rutas de Franco y de Oliveira hay cercanías que la gente ni sospecha. Franco también es un silencioso, que actúa y sonríe. Tiene sonrisas y misterios atlánticos. Aunque su tesón sea celtibérico. ¡Dios no quiera que el destino de Portugal se truncara! Pero si sus enemigos —que son los nuestros— atentaran contra él: la España de Franco sabría acudir con centuplicada generosidad a salvarlo, a comprenderlo. Y a abrazarlo largamente”.²³

Pero a pesar de las buenas intenciones, los manuales de formación política —por ejemplo, las famosas lecciones para flechas y pelayos— que inoculan los principios fundamentales de nacional-sindicalismo continúan afirmando con rotundidad que la unidad exige la “anexión de Portugal, objetivo ya de los Reyes Católicos y realización de Felipe II”. Los manuales para la formación política de la juventud española demandan —bajo las coordenadas nacional-sindicalistas— la unidad peninsular, rota por una perfidia en 1640. Se insiste en el hecho que Portugal tiene “un destino común con el resto de los pueblos de España” en la “defensa de los valores eternos frente a un mundo tenebroso y desquiciado”. Sin embargo, y con independencia de la voluntad anexionista de estas lecturas de formación política para la juventud española organizada en estructuras similares a la *Mocidade Portuguesa*, hay que señalar que los libros de geografía e historia —elaborados por profesores de Instituto que se adaptan a los programas impuestos por las nuevas circunstancias históricas— dan una visión más ecuánime de Portugal, cuyo pueblo “por su origen, lengua, religión y tradición es hermano del español”.²⁴

Naturalmente después de 1945 el influjo del nacional-sindicalismo fue cediendo protagonismo, sin perder su presencia —por ejemplo— en el terreno de la formación política de la juventud que continuaba reeditando sus manuales sin apenas modificaciones. Sea como fuere, Franco —cuyo “galaicismo” le hacía el más portugués de los caudillos de España, no diseñando por casualidad en su juventud un plan militar para invadir Portugal²⁵— acabó siendo nombrado doc-

23. GIMÉNEZ-CABALLERO, E., *Genio de España*, obra citada, pp. 156-157.

24. Con relación a los movimientos juveniles del Estado Novo hay que significar que después de unos inicios en los que se dejó sentir la influencia del nacional-sindicalismo de Rolao Preto a través de la *Açao Escolar Vanguarda* (AEV) fundada en 1934 y disuelta a comienzos de 1936, Salazar impuso finalmente el control de la situación instrumentando a favor de sus intereses el movimiento de la *Mocidade Portuguesa* (MP) y de la *Mocidade Portuguesa Feminina* (MPF) surgidas entre 1936 y 1937 a iniciativa del ministro de Educación Nacional Antonio Faria Carneiro Pacheco. Sobre esta dinámica, puede consultarse: AVELAS NUNES, J. P., “As organizações de Juventude do Estado Novo (1934-1949)”, *Revista de História das Ideias*, 17, 1995, pp. 167-227.

25. Según cuenta la tradición, Franco durante la primera entrevista que mantuvo con Oliveira Salazar en Sevilla el 11 de febrero de 1942 utilizó la lengua gallega.

tor *honoris causa* en Derecho por la Universidad de Coimbra en 1949 en un momento histórico en el que España necesitaba más que nunca el reconocimiento internacional. Por aquel entonces, Portugal —que ya había entrado en la OTAN— respaldó otra vez al régimen de Franco: la amistad luso-española se sellaba fraternalmente. A estas alturas, cuando el régimen de Franco iba a beneficiarse de la guerra fría, las veleidades anexionistas de los nacional-sindicalistas españoles habían pasado a mejor vida. Aquellas pretensiones de primera hora fueron, simplemente, un pecado de juventud. ◀◀



...una "nueva" educación femenina: invisibles, hogareñas...